

Modalidad B. Relato

ACUÉRDATE DE MÍ

Seudónimo: Penélope Aldaya

La banalidad. Es lo único que nos queda cuando la realidad nos corroe y nos aprisiona. Fingir que la vida nos resbala, sin importarnos el batacazo posterior. Por unos instantes podemos llegar a creer que nos hemos camuflado en la alegría de la frivolidad, que lo único que nos importa es nuestro pasado, presente y futuro inmediato. Claro que para abrirnos los ojos y ponernos la zancadilla vilmente ya están los desengaños, tropezones de nuestra existencia. Llamadme hipócrita, pero esta es mi vida, y, si esto lleva a evitarme dolores, no me arrepiento de intentar parecer alguien que no soy.

-Corre a ver esto, Catalina.

Mis amigas me instan para que las acompañe a ojear los escaparates de esta abarrotada calle en la que en una esquina encuentras puro consumismo y en la otra la desesperanza con forma de alma antigua tirada en la acera sobre unos cartones. Lo cierto es que nunca he tenido la personalidad necesaria para ser yo misma. Ni las ganas. Pero, sólo hay dos maneras de ser feliz en esta vida: una es hacerse el idiota; la otra, serlo. Y puesto que no me considero idiota, lo aparento. A menudo me pregunto si mis amigas son tan estúpidas como aparentan ser o si ellas también tienen una doble personalidad. Y a menudo me entran unas irrefrenables ganas de gritarles nada en concreto hasta que despierten y dejen de parecer sonámbulas mascando chicle. Tal vez yo no sea la única persona del universo a la que atacan esos momentos de profundo desasosiego, miedo y temor en los que me siento incapaz de vivir, de seguir adelante siendo testigo de las maldades del mundo. En esos momentos siento que se me va a rajarse el alma presa de la desmesurada sordidez del mundo y deseo que haya alguien capaz de empujarme por la ventana y hacer lo que yo no tengo valor para hacer. Y solo deseo descansar y poder dejar de llorar y respirar con tranquilidad. O no respirar nunca más. Pero, no confundáis mis sentimientos con altruismo. Más que bondad o solidaridad, el sentimiento que no me deja respirar es el pensarme incapaz de sufrir lo que otros sufren o de sobrevivir en un mundo en el que debo convivir con esa maldad. Tampoco penséis que voy llorando por las esquinas. Si lloro es sola, de noche, cuando nadie me oye, preparada para volver a ser la chica dura, cínica y valiente que me gustaría ser. Lo cierto es que en otros momentos sí que me siento mezquina y ruin por llorar o considerarme infeliz. Y deseo que alguien aparezca a mi

lado, no a consolarme, sino a asegurarme que en realidad soy buena persona. Pero ya no me sirve la excusa de que otros están mucho peor que yo. Ya me cansé de esa hipocresía y de la tremenda incoherencia que implica el argumentar que no debemos sentirnos desdichados mientras haya gente más desdichada. No es que crea que tengo una mala vida. Vivo en un buen barrio, con una buena familia. Se me podría considerar feliz. Pero me siento sola, triste y vacía, muy vacía, como si la realidad me superase y alguien superior me hubiera sobrevalorado al crearme capaz de vivir. Aunque también hay detalles del día a día que me entristecen. Y probablemente me siento así porque la burbuja del desconocimiento en la que sumen a los niños hoy en día se me rompió demasiado pronto, o nunca existió. Pero lo prefiero así. Prefiero haber crecido sin tapujos, sabiendo que matar es acabar con la vida de una persona y que es algo común cada día. Y que Peter Pan no existe, que todos creceremos, sufriremos, perderemos nuestra infantil inocencia y, tarde o temprano, moriremos. De pequeña lloraba desconsoladamente ante la idea de dejar de vivir. Me aterraba esa sombra llamada Muerte con su cuchillo que algún día nos llevaría a todos. Con el tiempo y algo de ayuda de los libros, me di cuenta de que hay cosas peores que la muerte. Al fin y al cabo, morir es dormir y no despertar y el sufrimiento que conlleva ese dulce sueño consiste en la forma de acabar.

Acabar. Una odiosa forma de acabar, tal vez la peor que se pueda conocer, es la forma con que mi abuelo se está despidiendo del mundo. Mi abuelo tiene alzheimer. Un alzheimer cada segundo más profundo. Un alzheimer que se lo está llevando lenta y angustiosamente. Algunos días lo sorprendíamos hablando solo. Bueno, no solo, sino con mi abuela, muerta desde hace diez años, y con su padre, muerto desde hace cincuenta. Pero ahora ya no habla. Y eso acrecienta el dolor que causa mirarlo a la cara, pues te sorprende una mirada taciturna de loco que te mira sin verte, o una mirada de profundo miedo al descubrir que no sabe dónde se encuentra. Poco a poco se te olvida el gran hombre que fue, siempre sufriendo por los demás y dispuesto a ayudar, y el hueco que esos recuerdos dejan en tu corazón es ocupado por los recuerdos de alguien que te mira desconcertado cuando le pides que se levante y el dolor que te causa comprobar lo rápido que te ha olvidado, cavilar sobre si le

importabas de verdad. ¿Me reconocerá cuando traspasa mi rostro al mirarme? **¿Se acordará de mí?**

Pero, si pensaba ingenuamente que las cosas no podían ir a peor, mi abuelo se escapó de casa antes de ayer. No sabemos nada de él. Bien podría ser el mendigo que observa a mis amigas con melancolía. Esta noche iremos al pueblo. A buscarlo por allí, supongo. Pero si mi abuelo no podía dar ni dos pasos solo, ya me explicarán como habrá podido recorrer 200 kilómetros hasta su pueblo natal perdido en La Mancha.

-Esta chaqueta es preciosa, ¿verdad, Cati?

Mis amigas me devuelven al presente, aunque preferiría que no lo hubieran hecho, pues ahora debo correr si quiero llegar a tiempo a mi casa para ir al pueblo. A mí me encanta el pueblo. Me encanta dejarme envolver por los entrañables recuerdos que evoca en mí. ¡Cuánto daría por volver a correr por esas calles entre mis abuelos y mis primos!

Al día siguiente, ya en esta aldea de mis amores, mis padres se dedican a recorrer las casas de todos los primos de mi abuelo. Yo me quedo en casa, con la excusa de estudiar. Pero no me pienso quedar aquí, sentada ante un libro de Física sabiendo que mi abuelo anda solo por ahí y que el pueblo me espera, todavía semidormido. Decido dar un paseo, explorar callejones. Primero voy a casa de mis abuelos. Ahora no es más que unas ruinas, pero en su día fue el mejor lugar del mundo, magnífico pero pobre, lleno de cariño. Todavía se oye el crepitar de las lumbres que nos calentaban las noches invernales y nos hipnotizaban con sus mil colores y formas. Después voy al viejo parque, con sus columpios de metal oxidado a punto de caerse a pedazos. Todavía se oyen, si lo deseas con fuerza, los gritos alegres de los cuatro chiquillos que pasaban aquí las tardes.

Cuando ya estoy a punto de volver a mi casa me acuerdo de un lugar del que me hablaba mucho mi abuelo. Era una vieja estación de tren a las afueras. Él me contaba que mi abuela lo esperaba allí cada verano, cuando él volvía de Holanda con divisas de emigrante encallecido por el duro y honrado trabajo del que sólo tuvo sus manos para trabajar y sus ideas para soñar. No sé dónde se encuentra la estación exactamente. A

lo mejor ni existe ya. Decido andar hacia las lindes del pueblo. No es muy grande, tarde o temprano daré con la estación. Al final llego a unas vías entre las que crecen libres unas siemprevivas de un cálido color amarillo. Sigo las vías sin saber qué espero encontrar. Simplemente me dejo llevar por esos metales ya rojizos por la sangre del tiempo y del aire y cubiertos de flores y matorrales. Poco a poco me acerco al final de la vía, donde los restos de una antigua estación resisten al omnipresente aliento del tiempo, que todo lo borra. En realidad, de la estación no quedan más que unos muros, pero hay tal olor de magia en el ambiente que no sería más adecuado si fuera un palacio de hielo y cristal. Parece que la primavera y la juventud flotan en el aire, ajenas al hecho de que estamos en octubre. Es como si fuera un mundo diferente y secreto en el que te adentras al pasar bajo el arco herrumbroso que hacía de puerta. Si existe el cielo, estoy segura de que se parecerá a esto. Me abro paso entre las plantas, temerosa de destruir su encanto con mi ingrata presencia. En cuanto salgo del ensimismamiento en el que me ha sumido este pequeño paraíso donde rosales y crisantemos crecen codo con codo, distingo una figura sentada en el andén, con los pies sobre las vías. Con el corazón a punto de salirse del pecho y deshacerse en llanto, me acerco a mi abuelo, sin saber si quiero saber qué hace aquí. No me mira hasta que me he sentado a su lado y me doy cuenta de que en el fondo ya sólo queda en su mirada un poco de dolor. Dolor y la conciencia lúcida de saberse inconsciente. Dolor y la amargura de saberse en el fin. Dolor y la esperanza de que lo que quiera venir después sea mejor. Me mira y me hace sentir etérea y diáfana, en equilibrio con mi alrededor, una parte más de la utopía que me rodea, del aire, de la naturaleza y de mi abuelo. Me mira y me doy cuenta de que en sus ojos brilla una chispa de reconocimiento que yo llevaba mucho tiempo extrañando. Y me doy cuenta de que esto es una despedida. Pero no es un adiós. Es un "hasta luego, espero tardar en verte". Me sonrío como si volviera a ser una niña que se ríe con cada una de sus batallitas. Me dice que no debo sufrir, que él estará muy bien, que debo alegrarme porque él está alegre de poder alcanzar la tranquilidad absoluta al fin, que debo dar lo mejor de mí y no volver a sentirme cohibida o desesperanzada nunca más. Me dice que soy fuerte, que no debo dejar que el pesimismo se apodere de mí ante el menor tropiezo. Me sonrío. Entonces, se oye un fognazo y un chirrido de ruedas que parecer ser un digno preludio del fin del mundo. Me encojo sobre mí misma, temiendo que lo

que sea que haya irrumpido en el Edén me haya encontrado vulnerable y odiando a mi abuelo por haber permitido que nuestro momento terminara. De pronto, una luz cegadora invade la estación de ensueño y no tengo más remedio que cerrar los ojos, dejar de ver a mi abuelo. Pero antes de nada, alcanzo a suplicarle algo que me atormenta y me asusta y necesito, pero me da miedo reconocerlo: ***Acuérdate de mí.***

Más que ver, percibo la sonrisa de mi abuelo en ese último segundo, cerca de mí, dentro de mí, sobre mí, y, en ese mágico instante, la desazón que me aprisionaba me abandona sutilmente, volviéndome a hacer sentir liviana y tranquila, capaz de todo, con ganas de demostrar a todos que mi corazón no está agazapado en mi cuerpo, sino que arde con fuerza, esperando el momento perfecto para salir a comerse el mundo. Cuando la luz se hace más tenue y puedo despegar los párpados, deseando que él siga ahí, oigo el silbido de un tren al salir de la estación y veo la sombra de mi abuelo despedirse de mí con una mano. Mientras, es mi abuela, con quien tanto quería, la que la agarra de la otra mano para que no se le vuelva a escapar. Paso así unas horas, que bien pueden ser minutos o días, mirando el lugar donde el tren de mis abuelos se ha esfumado como un alma, sin quererme alejar de allí, del inerte cuerpo de mi abuelo que todavía me sonrío, cálido y dulce, desde el suelo del andén.

Horas después llamo a mis padres, retiran el cuerpo de mi abuelo y el tiempo pasa delante de mí fugazmente, al igual que la gente al dar el pésame en el entierro. Nunca he llegado a saber si aquel último momento en la vida de mi abuelo (o primer momento en su muerte) fue real, encabezado por una pequeña tregua del alzheimer y animado fervientemente por mi imaginación y la necesidad de una despedida en condiciones, o si por el contrario solo tuvo lugar en mi mente. Pero sucedió. De manera irreal o irreal sucedió, pues algo que no ha sucedido no puede alterar tanto tu vida. ¿O sí? Me gusta pensar que en realidad fue todo una invención mía, pues eso significa que la estación se encuentra en algún recóndito rincón de mi cabeza, mi corazón o mi alma, es mía y de mi abuelo, y puedo llegar a ella cuando desee. Desde entonces se han reducido los momentos de llantos desconsolados y soledad. Muchas veces mis pensamientos se sumen en incontables agujeros negros de elucubraciones, hipótesis, temores. Sin embargo, cuando ese desasosiego y ese miedo

a vivir me invade, siento una presencia a mi lado, me siento regresar a aquel paraíso personal y privado y las sombras de la noche me susurran al oído y me dicen:

- *Me acuerdo de ti.*